

que también tiene la brillante y gozosa ironía de don Francisco de Quevedo, sin ir más lejos: «No te amaré si no te nombro nunca. / Así será / o será / —tal vez lo sea— / como si así senci-

llamente fuese» (p. 161). —ENRIQUE VILLAGRASA GONZÁLEZ.

Olga Bernad, *El mar del otro lado*, Sevilla, Ediciones de la Isla de Siltolá, 2012.

Hacia el cuerpo

UNA década después de su primer libro, *Teoría de la luz* (2001), con el que había conquistado el Premio de Poesía «Tomás Morales» del año anterior, aparece *Levantado templo* (2011), de Miguel Pérez Alvarado (Las Palmas de Gran Canaria, 1979). Aquel primer poemario, escrito con apenas veinte años, mostraba claras sus genealogías en primer lugar con los poetas del grupo de la revista *Paradiso*, liderados por Andrés Sánchez Robayna, que habían reivindicado el lugar de las Islas Canarias en el desarrollo de las vanguardias artísticas, y el paisaje insular como lugar predestinado para una poética de la desnudez, lo inatural y el deslumbramiento.

Dividida en tres «tratados», aquella *Teoría de la luz*, que establecía en forma estructurada ciertas inquietudes del grupo de *Paradiso*, pretendía fijar la presencia de la luz a través de la contemplación, para llegar luego a su conocimiento y a una poética que se sabía aún inalcanzable («Todo el amor cabe en una palabra / que aún no ha llegado y que haré después»). Con claras resonancias

guillenianas en sus versos jubilosos, pero también del Pedro Salinas de *El contemplado* y de Emilio Prados en su autoconciencia del cuerpo, la adición, tras la nítida estructura inicial, de secciones como «El balbuceo» y «Crisis», así como el devenir general de este primer libro, mostraba la tensión entre la voluntad de una poética concebida inicialmente bajo designios más bien clasicistas, con predominio del endecasílabo en la mayor parte del poemario, y la inevitable revelación de que la marcha «hacia el cuerpo» terminaría en la irregularidad métrica y en la angustia de los versos finales, donde el poeta se da cuenta de lo que se juega en el juego lingüístico, percatándose de que «peligra tu cordura» cuando «te cabe la vida en la boca».

En el tiempo transcurrido desde aquel libro liminar, se intuye una larga lucha por dilucidar cuestiones, codificar y descodificar inquietudes, que en el caso de Pérez Alvarado giran en torno a la oposición entre lo inerte y lo vivo, entre el paisaje en torno, aparentemente eterno e incólume, que nos muestra nuestra fragi-

lidad y condición efímera. Esa oposición está presente desde el título, pues *Levantado templo* hace alusión a la promesa de Jesús a los habitantes de Cafarnaúm que le pedían una señal, de que si destruían «este templo» él lo levantaría en tres días, refiriéndose a su propio cuerpo. Pero la sacralidad del cuerpo de Pérez Alvarado no se mueve en criterios confesionales cristianos, sino en la conciencia de destierro respecto al mundo, de la oposición «contra el paisaje el corazón», o de la contemplada piedra que «duele porque no me cabe». La personificación de los paisajes, naturales o urbanos, es paralela a las sorprendentes fórmulas que describen el relieve (visible e invisible) del cuerpo, hablando de «barranquera arterial», su «carne en barbecho» o como el paisaje lo invade cuando «miro mis manos y veo / una infinita pradera que acaba / en la yunta de mis ojos».

Levantado templo muestra una organización deliberadamente más laxa que *Teoría de la luz*, y se despliega temáticamente en seis partes: «Paisaje», «Hogar» (subdividida a su vez en «Madre» y «Ciudad»), «Viaje», «Amor», «Palabra» y «Cuerpo». En este viaje de lo exterior hacia lo interior, sorprende por ejemplo el tratamiento descarnado de las relaciones filiales, cercana a la de un poeta como Óscar Curieses, o de la vinculación «maternal» con Las Palmas, ciudad en que nació, y que recuerda

al Emilio Prados del Madrid en guerra («¿Dónde comienzas, Madrid, o es, Madrid, que eres mi cuerpo?»), cuando hace coincidir los límites de su cuerpo con los de la ciudad y afirma: «Tocas tu piel tocando la muralla». A través de la amada, que construye los «andamios» del templo corporal del sujeto, se alcanza la exaltación («no soy yo / soy el sol», llega a decir) de una erótica solar muy distinta al hedonismo despreocupado de Michel Onfray y que acepta someterse a la atracción gravitacional de otro cuerpo: «Zambullido en tu cuerpo / mi cuerpo / abre todas sus flores en el centro del sol».

Hacia el final del libro, cuerpo y palabra se engarzan, sin solución de continuidad, tratando de reedificar una identidad que se reconoce, llenando «la boca de nuevo / con clavos que nombran los trozos de cuerpo». Se trataba, en definitiva de «una tarea inacabable: pensar con el cuerpo», como postulaba uno de los aforismos de Pérez Alvarado recogidos en su libro *Abordajes* (Ediciones Idea, 2011), más que lograda en un poemario notable, que debería recibir la atención merecida, superando las dificultades de aparecer en una editorial minoritaria, y los crónicos problemas de difusión de las publicaciones canarias. —MARIO MARTÍN GIJÓN.

Miguel Pérez Alvarado, *Levantado templo*, Santa Cruz de Tenerife, Cíclope Editores, 2011.